

# La Francmasonería Jacobina y Revolucionaria

ANDRÉ COMBES

*Instituto de Estudios e Investigaciones  
Masónicas de París*

En 1879 la masonería francesa es todo un poder. El Gran Maestro Felipe de Orleans es primo del rey. El administrador general, de Montmorency-Luxembourg, es el primer barón cristiano de Francia. La duquesa de Lamballe, favorita de la reina, preside las logias de adopción. El estado mayor de la Obediencia se compone de la flor y nata de la fortuna y el talento.

La aristocracia, la burguesía de los negocios y una fracción del clero forman, junto con los oficiales y algunos artesanos, la base del reclutamiento masónico. Los 30.000 francmasones del reino se reparten en mil logias, de las que 700 pertenecen al Gran Oriente. Algunas, como *Les Neuf Soeurs*, *La Concorde*, *Le Contrat Social* y *L'Olympique de la Parfaite Estime*, brillan tanto por la calidad de sus miembros como por su influjo.

Tal masonería nada tiene de sospechoso. Los hermanos son fieles súbditos de Su Majestad, que celebran con misas jubilosas los acontecimientos felices. Los Oradores de los talleres ensalzan la virtud y la beneficencia; ¿puede haber algo más conformista? Participar en una sana convivencia entre personas de calidad y penetrar los misterios de una sociedad cerrada son las dos principales motivaciones de los impetrantes.

Con todo, la institución lleva ya en sí gérmenes revolucionarios. Es un «antimodelo» en una sociedad de orden, católica y absolutista. El Arte Real, al hacer que se reconozcan como hermanos hombres de los tres órdenes, al celebrar la igualdad, la libertad y la tolerancia, al facilitar el encuentro entre católicos, deístas y protestantes, dispone las mentes para concebir una sociedad más justa, igualitaria y tolerante. El funcionamiento del Gran Oriente y su sistema representativo, el de las logias basado en el principio de elección, se anticipan a los de las asambleas o clubes.

La progresión del número de logias en los años 1780 es fruto de la necesidad colectiva de fomentar nuevos valores. La Revolución Norteamericana y luego la Fronda Parlamentaria suscitan entusiasmos significativos. El Gran Oriente y sus logias no dejarían de evocar, en plena Revolución, su propio papel de precursores.

Mas esta masonería no resistirá al empuje de los acontecimientos. Desde la apertura misma de los Estados Generales, de Montmorency, presidente del orden de la nobleza, se opone al Tercer Estado y al puñado de nobles que, con el duque de Orleans, se declaran prontos a aceptar las reformas. Los diputados masones militan en bandos opuestos. Un grupo conservador se indigna de los ataques lanzados contra la autoridad real, de las violencias del pueblo y, más tarde, de la constitución Civil del Clero. La mayoría, al contrario, estima que las transformaciones que se producen son positivas.

Logias aristocráticas, militares y, a veces, hasta más populares desaparecen diezgadas por la emigración o debilitadas por querellas. Un Venerable escribe a la Obediencia que «si bien la igualdad estaba en todos los labios, se hallaba lejos de los corazones».

Por vez primera, el Gran Oriente toma partido. Invita a sus logias a aprobar las nuevas instituciones y a enviar un donativo a la Constituyente. Se felicita también abiertamente del papel desempeñado por los masones en esa Asamblea y en el país. En efecto, en todas partes los hermanos entran colectiva o individualmente a formar parte del mecanismo administrativo, de las asambleas, clubes y en particular sociedades de amigos de la Constitución.

Otra novedad: un grupo de francmasones, reunidos alrededor de Bonneville y el abate Fauchet, funda la primera asociación política de origen masónico declarada como tal, la Confederación Universal de los Amigos de la Verdad, que se propone extender por el mundo el mensaje revolucionario.

La fuga del rey rompería esta relativa unidad. Una mayoría liberal, que seguía siendo monárquica, deseaba salvar las instituciones y temía que el pueblo se alborotara. Estas personas solían congregarse, con La Fayette, en el club de los Bernardos. Otro grupo, minoritario, abogaba por la democracia, aspiraba ya a la República y frecuentaba las filiales del club de los Jacobinos.

Aparte de los talleres más conservadores, el Gran Oriente había perdido logias cuyos miembros, comprometidos en el combate político de cada día, tenían olvidadas sus obligaciones masónicas. Los nuevos enfrentamientos entre las dos tendencias lo dejarían casi exangüe. Así, el Venerable de la logia de Moulins explica, en julio de 1792, que «la diferencia de opiniones en el momento actual y las insuperables dificultades que toda asociación experimenta por culpa del club jacobino han dividido

a los miembros; sería hasta peligroso intentar que vuelvan a ponerse de acuerdo».

La Obediencia del «Contrato Social» había exhortado a sus talleres a amar la Constitución y mostrarse adictos al legítimo soberano; las amenazas jacobinas la obligaron a disolverse. La Gran Logia, católica y conservadora, había ya cerrado sus puertas. En cuanto al Gran Oriente, prescindiría en adelante de toda intervención política, limitándose a llevar los asuntos corrientes.

Sólo subsistían ya logias depuradas de sus miembros moderados, las cuales se daban a veces el nombre de «regeneradas». La oposición entre bandos demócratas, Girondinos y Montañeses, desde el principio de la Convención, debilitaría aún más lo que quedaba de la francmasonería.

El Gran Oriente perdió a su Gran Maestre, Felipe Igualdad, quien al sentirse amenazado abandonó sus funciones el 5 de enero de 1793. El desertor explicaba, en una carta publicada por el *Journal de París*, que si antes se había aficionado a la masonería por ofrecerle ésta una determinada imagen de la libertad, ahora dejaba el fantasma por la realidad, y que de todos modos no debía haber ningún misterio en una República, en especial al comienzo de su establecimiento. A raíz de esto, el Gran Oriente se mantendría alrededor de un pequeño equipo, debilitado todavía por la detención del banquero Tassin de l'Etang y luego la de Roettiers de Montaleau. Seguiría, con todo, aun en mayo de 1794, atendiendo a las logias de su correspondencia.

Varios miembros de la Gironda (Isnard, Boyeri, Fonfrède, Rebecqui...) eran masones, al igual que muchas personalidades de la Montaña (Romme, Soubreny, Amar, Chaumette...). Cuatro masones, especialmente, formaron parte del gran Comité de Salud Pública:

— GEORGES COUTHON, Orador de la logia *Saint-Maurice*, en Clermont; los discursos que pronunció como representante en misión, contienen algunas expresiones de cuño masónico.

— BARÈRE DE VIEUZAC, «el Anacreonte de la Guillotina». En sus Memorias afirma haber salvado a algunos masones, entre otros el banquero Savalette de Lange. Declara también haber intervenido en el rechazo de las peticiones de sociedades populares para que se prohibiera la masonería.

— PRIEUR DE LA MARNE, que en compañía de los diputados Carra y Sillary visitó en Reims, el 29 de octubre de 1792, la logia *La Triple Unión*.

— JEANBON SAINT-ANDRÉ, antiguo pastor de almas convertido en apóstol del culto a la razón. Durante toda su vida se mantendría, como *Prieur*, fiel a la masonería.

Si por un lado es cierto que los dirigentes de la gironda o de la

Montaña son con frecuencia masones, por otro nos faltan desgraciadamente datos sobre su vida masónica o tan siquiera sobre sus concepciones de los fines de la Orden. Así pues, hemos de mostrarnos prudentes y evitar sobrestimar la influencia masónica en los comportamientos e ideales de esos revolucionarios. A lo más nos es dado comprobar que la mayoría de los supervivientes del Terror reanudarían una actividad masónica.

La Guerra Civil, que enfrenta a las dos corrientes revolucionarias, perturbará gravemente la vida de las logias democráticas:

— En Marsella, tras la toma de la ciudad por las tropas de la Convención, la logia montañesa del Gran Oriente *La Parfaite Sincérité* se depura y no recibe ya a los hermanos de la girondina madre logia escocesa.

— En Montargis, los miembros más enérgicos de las dos logias todavía activas en 1789, *La Madeleine* y *Les Disciples d'Hérédon*, aúnan sus fuerzas en 1793 para colaborar en la «emancipación de los pueblos», basándose en la «santa igualdad». El doctor Dufour, Venerable de las dos logias unidas, diría en 1809 que algunos hermanos habían denunciado a otros durante el Terror.

En Brest, la logia *Les Amis de Sully* celebra la fecha revolucionaria del 10 de agosto con un banquete donde abundan los discursos y cantos patrióticos. Arrastrado por el entusiasmo, este taller se declara logia de la Montaña, pero el Orador, en la misma ocasión, manifiesta algunas inquietudes y pone implícitamente en guardia a sus hermanos contra un clan robespierrista dirigido por el Primer Vigilante, el hermano Abraham. Las tensiones se traslucen y, por iniciativa de la sociedad popular, con el acuerdo de Jeanbon Saint-André, se precinta el local el 8 de enero de 1794. La otra logia de Brest, *L'Heureuse Rencontre*, queda a salvo de esa medida.

Eliminados los Girondinos, bajo la dictadura de la Montaña, esas logias «maratistas» siguen amenazadas. Un sector del movimiento *sans-culotte* es resueltamente hostil a la masonería. Este antimasonismo de izquierdas, que aflora en las sociedades populares, se apoya en sólidos argumentos. La francmasonería es una institución propia del Antiguo Régimen, útil en aquel entonces, pero que no tiene ya razón de ser en una democracia. Sólo debe subsistir, dice el representante en misión Garnier de Saintes, una logia, la del pueblo.

La clientela de *sans-culottes* desconfía de un grupo dominado hasta hace todavía poco por los nobles y los burgueses y del que ellos estaban excluidos. La sociedad popular se indigna, en Toulouse, de que las logias hayan podido organizar frecuentes y dispendiosos banquetes, «insulto a la miseria del pueblo». Por último, ¿qué puede haber de bueno en una sociedad que ha sido gobernada por un traidor, el duque de Orleans?

Tales ataques no dejan de tener consecuencias, al menos provisionales. Garnier de Saintes, en Burdeos, cierra por tiempo indefinido la logia *L'Egalité*, pero su sucesor Ysabeau permite que vuelva a abrirse. El representante en misión Le Carpentier pone fin a los trabajos de la logia montañesa *La Raison*, en Blois, antes de obrar con el mismo rigor en el Oeste. En Toulouse, el representante Mallarmé hace otro tanto tras la caída de Robespierre, a pesar de ser masón; luego otro hermano, el representante Collombel, autoriza la reanudación de los trabajos.

Es posible que la suspicacia reinante haya obligado a otros talleres a esperar tiempos mejores. Así, en Marsella, *La Parfaite Sincérité* suspende sus trabajos a partir de abril de 1794. En París, curiosamente, las logias han podido seguir reuniéndose gracias a la protección de las secciones. En Cambrai, el taller *Thémis*, que cuenta entre sus miembros al alcalde, a diputados y a representantes de la sociedad popular, cesa en el ejercicio de sus actividades poco antes de la caída de Robespierre.

Ignoramos el número de logias que continuaron reuniéndose bajo el Terror; sólo podemos considerar como logias jacobinas y revolucionarias las que se manifestaron como tales. Estas eran unas veinte, cifra poco elevada en comparación con el millar de talleres activos en 1789. Se repartían entre París, el Norte, el Oeste, el Sudoeste y Marsella. De otras partes no se tienen noticias, o los archivos correspondientes han desaparecido. Además, únicamente disponemos de los libros de arquitectura de las logias de Marsella y Toulouse, no hace mucho estudiadas por Michel Taillefer. Aparte de esto sólo podemos apoyarnos en la correspondencia intercambiada con el Gran Oriente.

Dichos talleres presentan rasgos comunes:

1.º En Toulouse, cuando menos, son muy activos. La logia *Les Coeurs Unis* abre sus trabajos 79 veces en once meses, y *Les Vrais Amis Réunis* lo hace 68 veces, lo que supone 7 reuniones mensuales con horarios que permitían asistir a las sesiones de la sociedad popular.

2.º Adoptan todos, por mimetismo, el calendario, vocabulario y usos republicanos.

Los trabajos se abren «en nombre de la República una e indivisible», sobre las bases inquebrantables de la «libertad e igualdad». En Rodez, el taller se llama a sí mismo «el asilo de la libertad». La datación es republicana («año II de la Igualdad»).

El «decorado» cambia en consecuencia. El Oriente donde tiene su sede el Venerable se convierte en «La Montaña»; el propio Venerable lleva un gorro frigio (Toulouse, Brest); los cordones son tricolores (Toulouse, Albi).

Tras el asiento del Venerable cuelga, en Toulouse y París, la Declaración de los Derechos del Hombre de 1793, y también, sólo en Toulouse,

el decreto de la Convención donde se reconoce la existencia del Ser Supremo. Sobre el estrado del Presidente, en *La Parfaite Sincérité*, han sido colocados los bustos de Marat (cuya pertenencia a la masonería suele hartar a menudo pasarse por alto), Le Pelletier de Saint-Fargeau, Gruto y Jean-Jacques Rousseau.

Los sellos se modifican igualmente; en el de Rodez, el gorro frigio aparece encuadrado por dos haces y la divisa «Unión y Libertad».

3.º La marcha de los trabajos se adapta a los nuevos tiempos. El tuteo se hace obligatorio en París, donde al profano se le llama «ciudadano» o «ciudadano candidato». En el Sur se prefiere darle el nombre de «un auténtico republicano»:

Ya no se le interroga sobre su religión, y el Venerable sólo le pregunta su edad y si es libre.

En Toulouse debe responder a tres preguntas:

- ¿Qué caracteriza a un auténtico republicano?
- ¿Qué deberes ha de cumplir respecto a sus conciudadanos?
- ¿Qué debe hacer por su patria?

Las respuestas son bastante similares. En tiempo de guerra hay que estar pronto a dar la vida por su país. Una contestación a la segunda pregunta resalta por su violencia:

«Velar sin descanso por el mantenimiento de la igualdad y estar dispuesto a apuñalar al tirano que intente oprimir a su patria, aunque se trate del propio padre.»

En París se presta el juramento «sobre la tabla de los Derechos del hombre, único Evangelio de la razón y de la filosofía»; en Toulouse se pide al nuevo hermano que sea fiel a la República y a la logia. Los diplomas masónicos, en París y en Lille (*Les Vrais Amis*) se entregan bajo los auspicios de la libertad, igualdad y fraternidad.

4.º Los banquetes se celebran en adelante con ocasión de las fiestas revolucionarias. El primer brindis, en 1790, solía ser por la Nación, la ley y el rey. En 1794 las fórmulas varían:

- «A la Convención / A los cuerpos constituidos / A la sociedad popular» (Toulouse).
- «A la prosperidad de la República / A los amigos de la libertad e igualdad» (El Havre).
- «Al culto de Dios / A la libertad / A la igualdad» (Dunkerque).
- «Al pueblo francés / A la Convención Nacional / A la prosperidad del Estado republicano / Al Gran Oriente de Francia» (Condom).

Los hermanos entonan cantos revolucionarios entre los que figura, en Toulouse, la célebre Marsellesa masónica.

Lo esencial de la actividad de esas logias montañesas consiste en re-

cibir candidatos e iniciarlos en los diversos grados. ¡En 11 meses *Les Coeurs Unis* admiten a 80 «auténticos republicanos», *La Sagesse* a 64 en 6 meses, *Les Vrais Amis Réunis* a 31 y *La Française des Arts* a 35!

Así pues, las logias se llenan de gente nueva y sin experiencia, lo que ha podido explicar la facilidad con que se abandonaron algunos usos tradicionales.

El origen social de estos nuevos hermanos era muy distinto del de los iniciados durante el Antiguo Régimen. Nobles y eclesiásticos habían desaparecido, para dejar paso a la pequeña burguesía de artesanos y tenderos, empleados, militares, etc., es decir, a la base militante de las sociedades populares.

Los talleres de Toulouse tienden a especializarse, por efecto de la cooptación. Los artesanos del vestido y la alimentación del barrio de la Durade frecuentan *Les Vrais Amis Réunis*; los negociantes se agrupan en *La Sagesse*; los mandos administrativos y políticos de la Montaña entre los que se cuenta Descombels, el «Robespierre del Sur», ingresan en *Les Coeurs Unis*. En Marsella, *La Parfaite Sincérité* recibe también a dirigentes de la Montaña, como el representante en misión Salicetti y José Bonaparte (abril de 1793), pero no rechaza a los sombrereros y albañiles de cierto nivel.

Se toman toda clase de precauciones. Así, el artículo X de los estatutos de la logia parisiense *Les Amis Réunis* determina:

«Estará... prohibida en todas las antiguas fórmulas de recepción, para cualquier grado, toda palabra, acción o ceremonia que fuere contraria a los principios y nuevas leyes de la República».

Los talleres exigen a sus visitantes franceses la presentación de un certificado de civismo. En *La Parfaite Sincérité*, «el 12 de frimario del año II», el secretario informa:

«Un hermano ha hecho ver que, si bien los masones extendidos por toda la superficie del globo no constituyen más que una sola familia de hermanos, todos ellos acérrimos enemigos del orgullo, era urgente, en un momento en que la República Francesa tiene tantos enemigos que combatir en Europa, que no pudiera ser admitido como miembro de *La Parfaite Sincérité* ningún masón de un taller extranjero no aliado de la República Francesa una e indivisible...»

Estos talleres revolucionarios no han perdido su carácter de logias masónicas. En París, por prudencia, se prohíben los debates políticos o religiosos; en otras partes no hay ni siquiera debates, sino la adopción entusiasta de proclamaciones y la votación de actos de solidaridad, como equipar a la caballería republicana en Toulouse. Mas es cierto que están descristianizados. No existen ya logias de «San Juan», y a veces se invoca a la Razón o al Ser Supremo. *Le Centre des Amis*, en París, interrumpe

sus trabajos para asistir a la fiesta del Ser Supremo. Tampoco hay, pues, rastro de ateísmo.

En Toulouse, algunas logias proceden a un «auto de fe» de los antiguos diplomas y constituciones, símbolos de un deshonoroso pasado; pero en *Les Vieux Amis Réunis*, al menos, se tiene una logia de instrucción para examinar a los hermanos sobre sus grados antes de concederles un aumento de salario.

Los dos últimos informes masónicos destinados al Gran Oriente, en plena época del Terror, provienen respectivamente del Havre y de Dunkerque. En El Havre, las dos logias *L'Aménité* y *La Fidélité* asisten, el 4 de julio de 1794, a la apertura de un nuevo taller, *Les 3 H*, salido de una sociedad popular que reunía a *sans-culottes* del Havre, Harfleur y Honfleur, tres ciudades cuyo nombre comienza por la letra H. En su discurso inaugural, el Venerable de *L'Aménité* define «como verdaderos principios de la masonería la libertad, igualdad y fraternidad».

Ahora bien, la futura divisa de la segunda república había ya sido adoptada como título distintivo por una logia de militares holandeses procedentes de la logia *Les Vrais Bataves*, para servir a la República en la legión extranjera (14 de marzo de 1793). *Les Vrais Bataves*, taller de Dunkerque fundado por extranjeros, se había alegrado de la declaración de guerra que llevaría «las armas de la República hasta el último refugio de los tiranos». El 27 de agosto de 1794, notifica al Gran Oriente su reconstitución en Holanda, bajo su protección.

Tras la caída de Robespierre, la situación de los masones sigue siendo la misma por algún tiempo. La logia de Rodez *La Parfaite Unión*, cuyo Orador, el capuchino Chabot, había sido guillotinado con los dantonistas, se inquieta por saber, el 3 de octubre de 1794, si la masonería «no está prohibida por ninguna ley». Luego, poco a poco, los talleres vuelven a entrar en contacto con la Gran Logia disidente que se reconstituye en 1795, o con el Gran Oriente. Es cierto que la inestabilidad política que caracteriza la época del directorio no facilita la reanudación de una actividad masónica normal. Muchas logias sólo volverán a relacionarse con la Obediencia después del golpe de Estado del 18 de brumario. No indican sino en raras ocasiones cuándo (y si) han tenido que interrumpir sus trabajos. Las listas de sus miembros son muy diferentes de las de la correspondencia anterior, de donde puede inferirse que habían desarrollado una actividad continua al margen de toda «regularidad».

La escasez de la documentación no nos permite conocer la actitud política de esas logias posteriores al mes de termidor. Hemos de ceñirnos, pues, a unas cuantas observaciones generales.

La más importante se refiere a la notable renovación del reclutamiento de esos talleres. Vacíos de la nobleza y el clero, se llenaron de dirigentes del nuevo régimen y de antiguos soldados del año II. Había también más



artesanos y pequeños comerciantes que en 1789. Podemos, pues, deducir que esta nueva masonería quedó, al menos en parte, ganada para las instituciones republicanas. Los antiguos jacobinos convivían a veces en las logias con los antiguos monárquicos.

Ningún hecho preciso nos autoriza a afirmar que la «Conspiración de los Iguales» tuvo origen masónico. Ciertamente que varios conspiradores jacobinos eran antiguos masones (Amar, Bodson, Laignelot, Lepelletier), pero los nombres de Babeuf (rechazado por la logia de Montdidier durante el Antiguo Régimen) y Maréchal no se han encontrado en ninguna lista; en cuanto a Buonarroti, es probable que fuera iniciado posteriormente.

Muchos antiguos jacobinos fueron masones en tiempos del Consulado y el Imperio, como Merlin de Douai, Prieur de la Marne, Fouché, Jeanbon Sant-André, Thibaudeau, etc., pero ¿qué les quedaba de su anterior jacobinismo? Es verdad que Buonarroti era ya entonces masón. No obstante, resulta imposible, a partir de las fuentes de que disponemos, confirmar que en las logias imperiales hubo una corriente republicana organizada.

Las logias volverían a disfrutar de cierta autonomía, aunque muy relativa, a raíz de la caída del Emperador. Sobre algunos talleres, denunciados por confidentes de la policía, pesaron sospechas de jacobinismo. Por su parte, unos cuantos «antiguos» de 1794 no dejaron de agitarse en ciertas logias como *Les Amis Bienfaisants* y *Les Amis de la Vérité*. En este taller racionalista y anticlerical Napoleón era un ser maldito, como tirano responsable del retorno de la monarquía.

Sólo se trata de algunas minorías activas, pero que perpetúan la tradición de 1794. Así, alrededor de Buonarroti se agrupa una nueva generación de masones revolucionarios como Barbés, Blanqui, Cavaignac, Antide Martin, etc. En la mayoría de las logias los hermanos reivindican 1789, pero rechazan 1793 recordando que numerosos masones fueron víctimas del Terror.

Habrán que esperar, pues, la llegada de una nueva generación republicana curtida en las luchas del Segundo Imperio para que en los talleres se oigan de nuevo elogios a la Convención. Ernest Hamel, Venerable de una logia del rito escocés, dedica su vida a rehabilitar al Incorruptible. Los masones de la tercera República, ignorando no pocas realidades históricas y haciendo suyas las afirmaciones gratuitas de sus adversarios, atribuirían la calidad de masones a Robespierre, Desmoulins, Danton y hasta Hébert. Este mito, pese al número de publicaciones y coloquios recientes al respecto, no ha desaparecido aún del mundo masónico.